

Figurita difícil

de Matías Nicolás Pi



Octavio estaba tan contento que no escuchó el llamado de su mamá. Finalmente había completado el álbum Monstruos de Ayer y Hoy. Consiguió la figurita que le faltaba, una difícil: la del Conde Drácula con grandes dientes en dorado metalizado. Un amigo se la había regalado. Esos son amigos de verdad, los que dan sin pedir nada a cambio, pensó Octavio.

Se puso a leer la descripción del Conde Drácula. Los vampiros parecen personas normales, a veces viven en mansiones antiguas alejadas de la ciudad y aman vestirse con capa. Solo se puede saber si son vampiros cuando se los mira en un espejo: los vampiros no tienen reflejo. También decía que se los podía espantar con ajo, el que se usa para cocinar.

—¡¡¡OCTAVIOOO!!!—gritó la mamá por tercera vez.

Esta vez Octavio la escuchó.

Solo cuando vio a su mamá con el cuaderno de comunicaciones en la mano recordó que tenía una notita muy importante. La seño se las había dado a todos, a todos salvo a Santino.

—Vamos a donar sangre, piden dadores para Santino—dijo la mamá mientras cerraba el cuaderno.

—¿Qué? ¿Cuál sangre?

—La mía, Octi.

Octi se detuvo a mirar las manos de su mamá. A través de la ventana, el sol iluminaba sus dedos desde atrás. Eran tan largos y finos que apenas se veían, casi transparentes.

—No—sentenció Octavio—. Vas a desaparecer si te sacan el relleno.

La mamá—para enojo de él—se rio. Al ver que la cara de su hijo seguía fruncida, lo tomó de la mano y lo llevó al baño, frente a la balanza.

—No te rías—dijo. Y se subió.

Le hizo mirar su peso: sesenta y siete kilos. Volvió a abrir el cuaderno y leyó en voz alta una parte de las condiciones: “Pesar más de cincuenta kilos”.

—No voy a desaparecer.

—...Y, ¿por qué vos? ¿Por qué no otro?—consultó con los ojos dudosos.

—Porque quiero ayudar. Todos deberíamos hacerlo si podemos.

—¿No la podemos comprar y ya?—sugirió Octavio pensando en su chanchito alcancía.

—No, Octi, no se fabrica la sangre, tampoco se vende. Solo podemos donarla. Además, es para ayudar a tu amigo Santino. Es tu mejor amigo, querés que se mejore, ¿o no?

—Bueno, pero solo un poquito de sangre, nada más.

Al día siguiente desayunaron como todos los días y salieron. La calle estaba vacía, sospechosamente vacía, y el sol parecía que todavía no se había despertado.

—Es el invierno, amanece más tarde —aseguró la mamá.

Fueron por un camino que nunca habían hecho antes, por calles desconocidas, casas raras y grises con árboles deshojados en cada puerta. De repente las nubes se juntaron y empezaron a crujir, cada cuadra que caminaban, crujían más fuertes. Entraron justo a tiempo al hospital. Afuera se llenó de gotas de lluvia y truenos.

El lugar parecía una mansión enorme de muchos pisos. Por dentro estaba llena de incontables pasillos. Se perdieron muchas veces en ese gran laberinto. Pero, finalmente, llegaron. Encontraron un cartel que decía: “Sala de Donantes”. El lugar estaba vacío, solo había un hombre flaco y alto sentado en un escritorio. Tenía un delantal blanco abierto. Los saludó con una sonrisa. Para Octavio esos dientes eran sospechosamente grandes, ni qué hablar del delantal. Ese lugar no era un colegio, además, lo llevaba sin abotonar, parecía una capa. Hasta el nombre cosido en la capa era sospechoso: “Jorge D. Villegas”.

De repente, Octi empezó a tironearle de la manga a su mamá.

—Es un vampiro —susurró—, no le des tu sangre. Es Jorge Drácula Villegas.

El vampiro y la mamá se rieron. Los grandes nunca toman en serio las cosas importantes.

—Señora Estela, ¿pesa más de cincuenta kilos? —dijo el vampiro.

—Mamá, no le contestes, quiere saber cuánta sangre te puede comer —susurró Octi otra vez.

—Entonces, señora Estela, ¿desea también anotarse en el Registro Nacional de Donantes de Células Progenitoras Hematopoyéticas? —y mirando a Octavio añadió—: Si su hijo está de acuerdo.

—Sí —afirmó Estela.

—¿Eh?! ¡No! —chilló Octi—. ¡Me la van a desinflar!

De nuevo las risas. Octi los miraba fijo, no había seriedad en ese lugar.

—Se usa un poquito de la misma sangre de la donación para anotarse en el Registro —afirmó Jorge.

Cuando llegó su turno de entrar al consultorio para donar, Estela le pidió al vampiro Jorge que le haga compañía a su hijo. Octi no estuvo muy de acuerdo. Solo cedió cuando vio que a su mamá la iba a atender una chica y no él. La chica tenía dientes chiquitos, no tenía pinta de vampiro.

El vampiro le regaló unas hojas y lápices para dibujar a Octi. También le dio unos folletos con dibujos de una gota roja grande con capa de héroe. Después fue hasta el escritorio y empezó a revolver los cajones.

Mientras Octi terminaba su dibujo de unos ajos, el vampiro volvió. Traía un pequeño espejo en la mano, como los que usaba su mamá para maquillarse fuera de casa.

Octi lo miró varias veces en el reflejo. Finalmente aceptó. Era una buena prueba, los vampiros no se pueden reflejar.

—Y si todavía te quedan dudas, me encantan las papas fritas a la provenzal. Con mucho ajo.

Esta vez, Octi se sumó a la risa de Jorge.

Juntos leyeron el folleto. Repasaron la parte donde decía el tiempo que se debe esperar entre donación y donación. En el caso de su mamá, podía dar hasta tres veces al año. Los hombres, cuatro veces. Según Jorge, de esa manera se aseguraban de que la gente no se “desinfle”.

—Mamá dijo que Santino necesitaba que le donen sangre solamente. Nunca dijo nada de las células raras esas. Jorge le explicó que hay personas que necesitan un trasplante de Células Progenitoras Hematopoyéticas porque su cuerpo ya no las produce por alguna enfermedad o problema. Conseguir las correctas es muy difícil, tienen que ser justo justo las que funcionen con esa persona.

Octi se quedó pensando. Recordó la figurita que le habían regalado hacía unos días sin pedirle nada a cambio.

—Son como la figurita difícil de un álbum —sugirió Octi.

—Sí. A veces son tan difíciles que se tienen que conseguir desde otro país.

—Ah no, eso no. A mi mamá no se la llevan a ningún lado. Consíganse la suya.

—No hace falta que vaya a ningún lado. Si algún día un paciente necesita la figurita difícil que coincide con la de tu mamá, la van a llamar a ella para venir acá. En el hospital se donan las células y después las envían solas. Sin madre. Tu amigo es el paciente Santino, ¿no? —dijo Jorge.

Octavio asintió con la cabeza.

—¿Te acordás que le regalaste en su último cumpleaños?

—Un casco rojo, para que tuviera uno como el mío. Pero el mío es rojo con una línea amarilla al medio. Parece un rayo. Se lo regaló mamá así podíamos ir juntos a usar las bicis en la plaza.

—Bueno, la donación de tu mamá es otro regalo más. El mejor regalo: salud.

Octavio pensó que era verdad, cuando no tenían el casco no podían andar en bici. Y cuando uno de los dos estaba enfermo, tampoco. Necesitaban estar bien de salud, solía decir mamá.

El sol entró por la ventana, había parado de llover y el cielo ahora estaba celeste. Miró de nuevo a Jorge de arriba abajo. Sí. El espejo no mentía, era demasiado bueno para ser un vampiro.

—Ahí vuelve la heroína valiente —anunció Jorge.

La mamá salió del consultorio. Octi fue corriendo hacia ella. Le agarró la mano y tras estrujarle un poco los dedos se convenció: estaba igual; no la habían desinflado. Quizá estaba un poco más sonriente. Tenía motivos, era una heroína.

—No hace falta ser valiente, no duele —agregó la mamá.

—Yo también quiero ayudar a Santino —dijo Octi.

Jorge revolvió en sus bolsillos y entregó un papel a la madre. Era un cupón para cambiar por un desayuno gratis en el comedor del hospital. Servía para alfajores, café, mate cocido y té . . .

—Y anotarme en el Registro de las células esas —agregó mientras se relamía.

—Quizá en unos años —rio.

—Ufa, yo también quiero ser un héroe.

—¡Podés! —lo alentó Jorge.

—¿Cómo?

Jorge le señaló los folletos y agregó:

—Contale a todos.

